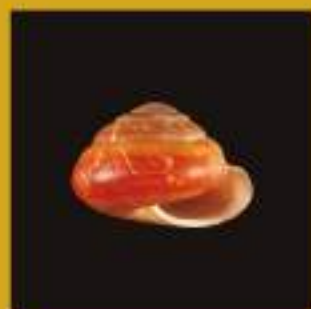
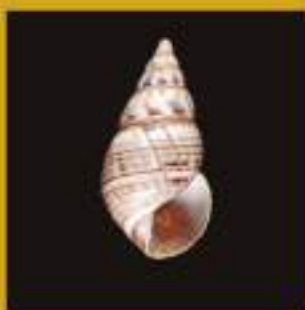


Rafael Araujo

El arca de las tres llaves



Las colecciones de moluscos y otros invertebrados
del Museo Nacional de Ciencias Naturales

Doce Galles

EL ARCA DE LAS TRES LLAVES

Las colecciones
de moluscos y otros invertebrados
del Museo Nacional de Ciencias Naturales

Rafael Araujo

EDICIONES DOCE CALLES

Queda prohibida, salvo excepciones previstas en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos. Diríjase a este organismo si necesita fotocopiar algún fragmento de esta obra.

Las noticias, los asertos y las opiniones contenidos en esta obra son de la exclusiva responsabilidad del autor o autores. La editorial, por su parte, sólo se hace responsable del interés científico de sus publicaciones.

© Rafael Araujo Armero.

© De la presente edición: Ediciones Doce Calles, S.L. Apdo. de Correos, 270
28300 Aranjuez (Madrid)
www.docecalles.com

ISBN: 978-84-9744-351-7

Depósito legal: M-10022-2021

Printed in Spain

SUMARIO

Agradecimientos.....	9
Prólogo	11
Introducción.....	19
Capítulo I. La escena. Desde el Real Gabinete hasta el Museo.....	23
El Museo en la calle Alcalá	23
El primer traslado.....	45
El Museo en el edificio del Paseo de Recoletos.....	50
El segundo traslado	63
Capítulo II. Los actores.....	75
Capítulo III. 250 años de colecciones.....	85
El incidente Arango y la colección Paz Membiela	104
La colección Aldamar.....	106
La colección del Pacífico.....	108
Último tercio del siglo XIX.....	112
El siglo XX. Las colecciones de Hidalgo y Azpeitia	126
Bibliografía	167
Apéndice 1.....	175
Apéndice 2.....	179
Apéndice 3.....	183
Índice onomástico	199

AGRADECIMIENTOS

A las personas que trabajan en el archivo y biblioteca del MNCN: Mónica Vergés, Manuel Parejo, Piluca Rodríguez, Cecilia Gimeno, Rosa Hidalgo, Isabel Morón e Ignacio Pino que han colaborado siempre con la mejor disposición. Ascensión Ciruelos, del Museo de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, me facilitó el permiso para publicar el plano de Diego Villanueva (Figura 1). Carlos Teixidor, de la Fototeca del IPCE del Instituto del Patrimonio Cultural de España, me facilitó la Figura 4. Aurora Ladero Galán, Jefa de Sección de Archivos del Museo Arqueológico Nacional, me ayudó a conseguir los planos del antiguo Museo de Ciencias en el Palacio de la Biblioteca y Museos Nacionales y la Figura 6. A Marina Serrano y otros compañeros del Archivo General de la Administración por la figura 9. A mi colega Javier Sánchez Almazán por la Figura 15. Esther García Guillén, del Archivo del Real Jardín Botánico-CSIC y Rosa María Villalón, de la Biblioteca Tomás Navarro Tomás del Centro de Ciencias Humanas y Sociales-CSIC. Óscar Soriano, que fue conservador de malacología por algunas fotografías y María Teresa Aparicio, malacóloga del Museo, por la preciosa información que me ha dado. Carolina Martín, investigadora del MNCN, me ofreció escribir un capítulo sobre la historia de la malacología y animales inferiores en el Museo entre los años 1936 y 1985 y no le gustó, pero me sirvió para aprender mucho y fue un aliciente para escribir este libro, nunca dejaré de agradecerérselo. También a Jesús Muñoz del departamento de fotografía del MNCN por sus preciosas fotos. A Ignacio Carrasco, Jaime Rodríguez Uriarte, Lola Bragado y Javier de Andrés por leer manuscritos previos del libro y recomendarme sugerencias. A mis compañeros en la colección de malacología del Museo, Lola Bragado y Javier de Andrés, gracias a su sabio proceder he podido tener tiempo para terminar este libro. Contar con la colaboración del estimado historiador Leoncio López-Ocón, que accedió a prologar este libro, ha sido un honor para mí.

PRÓLOGO

Próximo a celebrar dentro de unos meses su 250 aniversario, el actual Museo Nacional de Ciencias Naturales es una institución científica paradójica. Alberga el más importante conjunto de colecciones de historia natural existentes en el Estado español, se produce en sus instalaciones un fértil diálogo entre investigadores y conservadores y se exhiben en su seno de manera permanente o periódicamente atractivos especímenes y objetos de la fauna y flora no sólo del territorio español, sino de otros lugares del planeta. Pero el espacio para exhibir sus joyas y tesoros es reducido, el personal para estudiar sistemáticamente sus cuantiosas colecciones es insuficiente y su proyección social es limitada. Baste señalar al respecto que sus más de trescientos mil visitantes anuales, previos a la pandemia COVID-19, contrastan con las riadas millonarias de visitantes de los más importantes museos de historia natural del mundo: ocho millones, por ejemplo, acuden al Muséum National d'Histoire Naturelle de París.

Para superar sus limitaciones y encorsetamientos los actuales integrantes del Museo Nacional de Ciencias Naturales alientan desde hace unos años una serie de iniciativas para dar a conocer la importante labor investigadora y educativa que llevan a cabo y la riqueza de sus colecciones científicas, fundamentales para estudios de biodiversidad, evolución y otras ramas de la biología y la geología. Una de esas iniciativas más recientes ha sido el atractivo libro colectivo *Las Colecciones del Museo Nacional de Ciencias Naturales. Investigación y Patrimonio*, impulsado por Ignacio Doadrio, actual vicedirector de Colecciones y Documentación del Museo Nacional de Ciencias Naturales. En él se ofrecen sugerentes reflexiones sobre el hecho de que las colecciones de historia natural constituyen una herramienta básica para la catalogación metódica de la diversidad natural y para los estudios sobre cambio global. E interesantes consideraciones acerca de los desafíos que ofrecen la conservación, uso y gestión de esas peculiares y abundantes colecciones en este siglo XXI.

Disponemos también en esa obra de una visión panorámica de las dieciocho colecciones existentes en la actualidad en el Museo Nacional de Ciencias Naturales.

Pues bien, la obra que tiene el lector en sus manos puede considerarse una hijuela o derivación de ese libro colectivo, del que Rafael Araujo es uno de sus coeditores. Y si en esa obra coral este biólogo presentaba junto a otros colaboradores la espectacular colección de Malacología que custodia el Museo Nacional de Ciencias Naturales, ahora en el presente libro el principal protagonista es el conjunto de especímenes de moluscos, aunque se aluda en sus páginas también a otros invertebrados no artrópodos.

Los moluscos –el segundo grupo más numeroso del reino animal después de los artrópodos, existente en la mayoría de los hábitats terrestres y marinos– han tenido y tienen un considerable interés utilitario y científico para los seres humanos.

Cabe destacar al respecto su valor alimenticio. Ya en tiempos prehistóricos eran una importante fuente para la nutrición de nuestros antepasados y así lo revelan, por ejemplo, los inmensos concheros hallados en el litoral sudamericano de la época precolombina. Y en tiempos actuales ¿quién no ha disfrutado saboreando ostras, almejas y caracoles, gozado de sabrosas raciones de pulpo a la gallega o recuperado energías en sus tiempos estudiantiles con bocadillos de calamares! Pero también han desempeñado un importante papel en la historia de la moda. Determinados productos obtenidos de ellos, como las perlas, consideradas las joyas perfectas de la naturaleza, han sido muy apreciados por diversas culturas de todo el mundo para adornar cuerpos y vestidos. En el ámbito científico sus fósiles han servido de útiles marcadores para geólogos y paleontólogos con el fin de delimitar las diferentes eras y períodos de la historia de la tierra en tanto en cuanto es el único grupo de animales cuya evolución ha podido conocerse de manera completa a través de las distintas capas de la corteza terrestre. También el estudio de las características del sistema nervioso de algunos de sus especímenes ha permitido a los investigadores avanzar en el conocimiento neurológico de los seres humanos.

Estos son solo algunos de los ejemplos de la importancia que ha tenido y tiene este inmenso grupo animal en nuestra vida cotidiana y en el conocimiento de nuestros entornos y de nosotros mismos.

Uno de los méritos del libro que se presenta es la exhaustiva información que se nos ofrece de la copiosa colección de las ocho clases de moluscos existente en el Museo Nacional de Ciencias Naturales, ubicado en el madrileño paseo de la Castellana. El autor ha movilizado una amplia documentación,

procedente fundamentalmente del extraordinario archivo de esa institución, para trazar la historia de esa colección, interrelacionándola con la historia del Museo y con la labor de sus creadores y estudiosos. Efectúa así una suerte de genealogía de los estudios malacológicos en las etapas previas a la celebración en 1979 del primer congreso nacional de malacología que facilitó la inmediata constitución de la Sociedad Española de Malacología gracias a los desvelos del biólogo Julio Álvarez Sánchez, quien había empezado a colaborar en el Museo a partir de 1938.

Quien se adentre en este «arca de las tres llaves», título alusivo al sistema de custodia compartida de las colecciones implantado hacia 1874, conocerá por tanto los pormenores de las vicisitudes de la formación de las colecciones de moluscos y de otros invertebrados, con la excepción de los insectos, en el Museo Nacional de Ciencias Naturales a lo largo de sus diversas etapas.

Tales fases son expresivas de los altibajos del desarrollo de las actividades científicas en el seno de las sociedades hispánicas a lo largo de su pasado, como tuve la oportunidad de exponer en mi *Breve historia de la ciencia española*.

En los momentos de empuje, no muy duraderos generalmente, las colecciones se acrecentaron y se llevaron a cabo estudios, más o menos sistemáticos, sobre ellas. Tres de esos impulsos, favorecedores del incremento de sus colecciones malacológicas, sobresalieron en la historia del Museo.

Uno de ellos corresponde a su fase fundacional, cuando el ilustrado y adinerado comerciante guayaquileño Pedro Franco Dávila cedió su extraordinaria colección de objetos de historia natural a la monarquía hispánica a cambio de hacerse cargo a partir de 1771 de la dirección de una nueva institución científica ilustrada: el Gabinete de Historia Natural. Pero el esplendor de esa cámara de maravillas, que se instaló en un palacio de la madrileña calle de Alcalá en el que se encuentra actualmente la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, fue corto. Abrió sus instalaciones al público en 1776 y a partir de la muerte de su primer director, en 1786, empezó a languidecer. Habrá que esperar a mediados de la década del siglo XIX, coincidiendo con la dirección de Mariano de la Paz Graells y con la fundación de la Sociedad Española de Historia Natural en 1871, para que el Museo de Ciencias Naturales adquiera otro momento de empuje, que tampoco será duradero por las duras tensiones internas entre la pequeña comunidad de naturalistas española, sobre las que este libro ofrece testimonios esclarecedores. Su debilitada actividad supuso en 1895 su traslado, precipitado y mal planificado, desde la calle Alcalá a su nueva sede -que sería provisional- en los bajos de la actual Biblioteca Nacional. Ahí las colecciones, conservadas y exhibidas en condiciones deficientes, permanecerían hasta 1910.

En ese año, al que cabe considerar un «annus mirabilis» de la ciencia hecha en este país al iniciar su labor un conglomerado de laboratorios e instituciones financiadas por la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, se produjo el traslado del museo a su actual y definitiva sede, ubicada en lo que se conocía por entonces como los altos del Hipódromo. Allí se instaló en una parte de un edificio que se había inaugurado en 1886 para albergar las exposiciones nacionales de Bellas Artes. Organizó y dirigió ese traslado Ignacio Bolívar, bajo cuyo liderazgo el Museo gozaría de su etapa de mayor florecimiento y productividad, interrumpida dramáticamente por el estallido de la guerra «incivil», que produjo la fractura irreversible de una comunidad de naturalistas que había adquirido masa crítica y prestigio internacional durante el primer tercio del siglo xx.

A esa etapa de esplendor sucedería una «edad de hierro» durante la era de Franco, en la que el Museo se debilitó hasta tal punto que en el año 1973 su actividad científica fue inexistente, según resalta Rafael Araujo. No obstante, aun en esa época oscura hubo científicos productivos como Rafael Alvarado Ballester, hijo del también notable naturalista Salustio Alvarado Fernández. Así se deduce de la lectura del tercer apéndice insertado en este libro, en el que se ofrece un estudio bibliográfico de la producción sobre moluscos y animales inferiores entre 1939 y 1985.

Pero evidentemente las aportaciones científicas más importantes y con una cierta proyección internacional correspondieron a las que cabe considerar como las fases doradas de las actividades científicas en la España contemporánea. Si en el último tercio del xix desarrolló el grueso de su obra el más importante malacólogo español Joaquín González Hidalgo, bien conocido por el autor de este libro, en el primer tercio del siglo xx destacará la obra y la personalidad Enrique Rioja Lo-Bianco, hijo del también naturalista José Rioja Martín. Breves noticias biográficas de todos ellos se encuentran en uno de los capítulos de la obra que se presenta.

Este «arca de las tres llaves» ilumina aspectos poco considerados hasta ahora en la historiografía disponible sobre la historia del Museo. Conviene subrayar tres de ellos.

El primero concierne a la debilidad estructural de las actividades científicas desplegadas en este país. Para explicar los problemas de la ciencia en el seno de la sociedad española, tanto en el pasado como en el presente, se han aducido muchas causas. Así Santiago Ramón y Cajal, en el capítulo X de la versión definitiva de su «best-seller» *Los tónicos de la voluntad*, enumeró una serie de explicaciones físicas, históricas y «morales» para dar cuenta de

INTRODUCCIÓN

En el arca de las tres llaves del Gabinete se conservaban ejemplares valiosos, documentos, medallas, las llaves de algunas de las colecciones y las propias del Museo. Con estas llaves el encargado verificaba diariamente la apertura y cierre del establecimiento y cada uno de los profesores se encargaba, «según costumbre de otros tiempos», de la suya. Se trataba de una referencia al antiguo mandato de los Reyes Católicos donde se pedía encerrar bajo llave los privilegios y escrituras «á buen recaudo, que á lo ménos tengan tres llaves, que la una tenga la Justicia, y la otra uno de los Regidores, y la otra el Escribano del Concejo». En una junta de profesores de 1874 se decide que las llaves de las colecciones de estudio que sirven para las cátedras las deben guardar los profesores respectivos, que las de las colecciones generales y públicas se custodien en el arca, y de las tres llaves, guarde una el director del Museo, otra el director general del Gabinete y la tercera el secretario.

El Gabinete de Historia Natural se abrió en Madrid en 1771 en el Palacio de Goyeneche, en la calle Alcalá, compartiendo edificio con la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, creada en 1752. Sabemos que su primer director fue un tal Pedro Franco Dávila, español nacido en Guayaquil que, a cambio de su magnífica colección de historia natural, consiguió que Carlos III, ilustrado rey español, le nombrara director, labor que Dávila realizó con gran diligencia hasta su muerte en 1786. Para saber más de este personaje, científico para algunos (Villena et al., 2009; Sánchez Almazán, 2012) o compulsivo coleccionista (Quintanilla, 1999), conviene leer los tres libros mencionados para hacerse una idea de su relación con las ciencias naturales españolas.

Tras algunos años de despliegue y otros más de languidecimiento del Gabinete en las dependencias del mencionado palacio, a finales del siglo XIX, y en coincidencia con la época de la pérdida de lo que fueron las últimas colonias españolas, el Museo se trasladó, de forma urgente y desusada como veremos, al

Capítulo I
LA ESCENA. DESDE EL REAL GABINETE
HASTA EL MUSEO

EL MUSEO EN LA CALLE ALCALÁ

Hay que partir del libro sobre la historia del Museo (Barreiro, 1992) y, sobre todo, de *El gabinete perdido* (Villena et al., 2009), para consultar cómo fue la fundación del Gabinete y cómo los cajones que albergaban la colección de Franco Dávila, de animales y otros objetos, se fueron trasladando desde París a la calle de Alcalá. En estos libros encontraremos información sobre cómo se hacían los listados de conchas, madréporas, ejemplares duplicados y cómo llegaban otras colecciones y objetos comprados y encargados por Dávila. Las salas, hechas por Villanueva, reflejan las instrucciones de Dávila para el reparto de dependencias (Figura 1) y la instalación de estanterías. Parece que se tardó año y medio en coordinar el traslado, desde junio de 1775 hasta finales de 1776, cuando casi solo quedaba por terminar, precisamente, la sala del mar. Las 11 salas del Gabinete en julio de 1776 eran: pájaros, cuadrúpedos, producciones marinas, minerales, rocas, vegetales, dos de petrificaciones, trajes y armas, biblioteca y estampas. Una nueva sala, la de alhajas, se utilizó para exponer el Tesoro del Delfín, que entregó Carlos III, hasta que años después se trasladó al Museo del Prado. Finalmente, el 4 de noviembre de 1776 se abre el Gabinete. Pasados unos meses y por primera vez, el conde de Floridablanca ordena que se haga un inventario de todas las piezas del Gabinete, encargo que se repetirá, veremos que no siempre con éxito, a lo largo de la historia.

Entre 1777 y 1782 se amplían considerablemente las colecciones con numerosas entradas de material de las Indias y otras expediciones (Villena et al.,

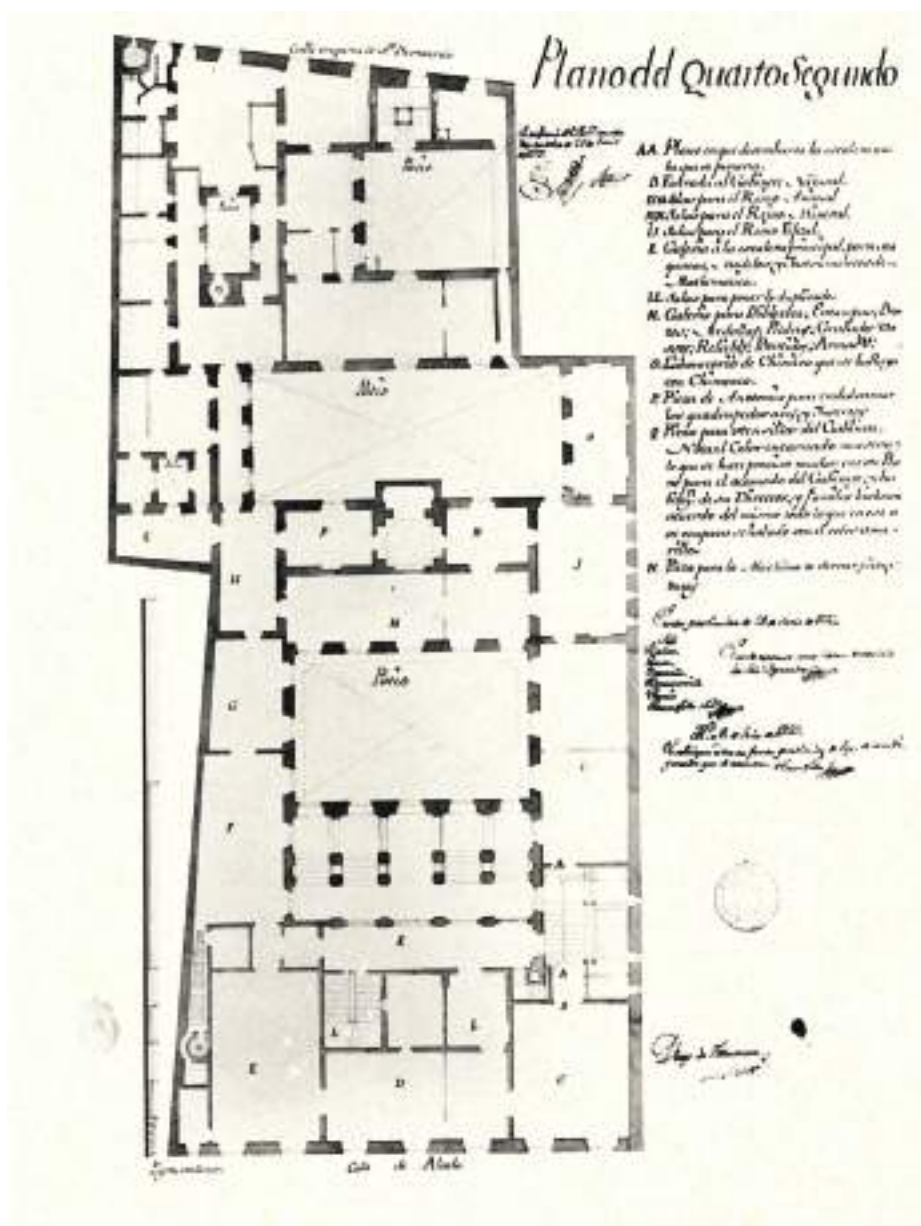


Figura 1. Plano de Villanueva de junio de 1773 del Real Gabinete. La leyenda de la derecha explica las diferentes estancias en coincidencia con lo que se cuenta en el texto. Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

2009), como los 10 cajones de la Fragata Astrea de Filipinas, que en octubre de 1779 entregó al Gabinete numerosos moluscos como conos, mitras, *Nautilus* y unas especies de ostras transparentes que utilizan los chinos para cubrir las ventanas, es decir, ejemplares del género *Placuna*, tan habituales hoy en los restaurantes orientales. También llegaron corales y conchas de la fragata La Juno procedente de Manila en 1780. A partir de mayo de 1778, coincidiendo con la llegada del elefante de Carlos III al Gabinete, éste empieza a sufrir deterioros y el propio Dávila tiene que dedicar su tiempo a limpiar de polvo armarios, tejado y buhardillas. Se decide hacer unas obras de arreglo para rehabilitar el edificio en 1782, se cierra la sala de minerales y finalmente, en 1784, se cierra de forma provisional el Gabinete. Durante las obras, Dávila detalla en sus informes las dimensiones de las salas de biblioteca, las del reino animal, la de mariposas, la de producciones del mar (23 varas por cinco y media), la de petrificaciones, la del reino vegetal, la de antigüedades de América y la de vasos y alhajas. En esa época se empieza a hablar del proyecto de un nuevo edificio, veremos que ha sido tema recurrente en la historia del Museo, que todos sabemos acabó como pinacoteca, el Museo del Prado, donde Dávila malgastó sus esfuerzos para crear las diferentes dependencias de ese futuro y nunca realizado museo de historia natural. En febrero de 1784, *El memorial literario y curioso...* publica un artículo de cuatro páginas sobre la composición del Gabinete, en el que se describen las diferentes salas: dos de mineralogía, una para minerales y otra para piedras preciosas, dos para el reino animal, la de insectos, la de mariscos y peces que también tiene petrificaciones, la del reino vegetal, con el elefante y su esqueleto, la de antigüedades y una última sala con vasos preciosos, camafeos y demás. También se habla de una librería pública a cargo de José Clavijo en grandes y espaciosos estantes de caoba. Cuenta la revista que abre el Gabinete al público los lunes y los jueves, pero si alguno cae en festivo, se transfiere al día anterior. En enero, febrero, marzo, abril, mayo, octubre, noviembre y diciembre, abre desde las 9 hasta las 12 por la mañana y desde las 3 a las 5 por la tarde. En junio, julio, agosto y septiembre, abre igual por las mañanas, pero de 4 a 7 por las tardes. Es en este artículo donde se dice que el Gabinete es el mejor establecimiento de Europa en cuanto a la exhibición del reino mineral. Otra descripción del Gabinete de estos años, también citada por Villena et al. (2009), es la de Townsend (1788), destacando la riqueza de los minerales, de los que dice que algunos están mal clasificados, que la sala de fósiles es confusa y necesitada de limpieza, y hermosa y bien conservada la de animales. Tras la muerte de Dávila entran muchos más minerales, aves y mamíferos que producciones marinas, aunque entre éstas destacan los envíos de material marino

de Mallorca por Cristóbal Vilella (1742-1803) y de la isla de Cuba por Antonio Parra (1739-¿). Según Villena et al. (2009), esta última colección, muy rica en cangrejos, esponjas y corales antillanos, se expuso en el Gabinete hasta que unos años después se perdió tanto su memoria histórica como su importancia científica.

Otro documento interesante que nos dará una idea de cómo eran las colecciones que se exponían en la época es el documento escrito en 1782 por Clavijo, según Villena et al. (2009), titulado *Catálogo sucinto de los que contiene el Real Gabinete de Historia Natural de mi cargo. Sala de producciones del mar. Reyno animal*¹. Son 255 páginas en varios cuadernillos con las producciones del mar, separadas por familias y en grupos de moluscos. Hay ejemplares de las Indias Orientales, América, Filipinas, Senegal, Mediterráneo, Mallorca, Cádiz, del Océano, provenientes del Gabinete del Príncipe, traídas para nuestro rey, etc... Damos en el Apéndice 1 un resumen del mismo ya que creemos que es de gran interés para conocer, no solo los ejemplares que se exponían, sino también cómo se denominaba a las diferentes especies de moluscos y otros animales en la época. Se añaden entre paréntesis las denominaciones actuales de las especies cuando ha sido posible saberlas. Muchas especies se pueden determinar, o al menos adivinar el grupo al que pertenecen, si utilizamos las láminas del catálogo de Franco Dávila (1767) o los libros de moluscos de Albertus Seba (1665-1736) o Dezallier d'Argenville (1680-1765). A la hora de encontrar ejemplares en este listado que hoy podamos reconocer en nuestras colecciones, conviene decir que 4 de los del Género tercero de la Familia Séptima (Múrices o peñascos), situados en su pie de madera torneado y pintado de color de caoba provenientes del Gabinete del Príncipe Nuestro Señor, son las conchas de *Strombus* y *Cassis* que están todavía en nuestra colección y que veremos también citadas más adelante en catálogos posteriores (Figura 2). Con respecto a los ejemplares de Dávila de corales, esponjas y algunos artrópodos que todavía están presentes en las colecciones actuales, hay que remitirse una vez más al trabajo realizado por Villena et al. (2009) y Sánchez-Almazán et al. (2019).

La responsabilidad del Gabinete durante los primeros años del siglo XIX cayó en manos del bibliotecario Manuel Castor González (¿-1831), coincidiendo con la entrada de producciones marinas de Simón de Rojas y Alí Bey (Bragado et al., 2017). Cuenta el Conde de Toreno (1974) en su libro sobre la guerra de la independencia que durante los estragos ocurridos el 3 de mayo de 1808 de Madrid, en la escuela de mineralogía de la calle del Turco, que estaba ligada

¹ ACN0073/658. Catálogo sucinto de lo que contiene el Real Gabinete de Historia Natural de mi cargo. Sala de producciones del mar. 1782.



Figura 2. Ejemplares de gasterópodos marinos de los géneros *Strombus* (MNCN15.05/27419) y *Cassis* (15.05/27.399) con peana de madera torneada reflejados en el documento de Clavijo sobre los ejemplares de la sala de producciones del mar en 1782.

al Gabinete, pereció una preciosísima colección de minerales de España y América arreglada tras años de trabajo y penosa tarea por Christian Herrgen (1765-1816), catedrático de Mineralogía desde 1798. Según Barreiro (1992) el Museo en 1813 fue también directamente presa de un saqueo al que siempre se acusó al disecador francés Pascual Moineau, que había abandonado su puesto en el Museo en 1808 coincidiendo con los terribles ataques que la población de Madrid sufrió por parte de los soldados franceses de Murat. Según la versión de Barreiro (1992), novelada para Villena et al. (2009), Moineau se presentó de forma violenta ante las puertas del Gabinete acompañado de otras fuerzas y extrajo 200 objetos consistentes en vasos artísticos, jarrones, piedras preciosas, etc., depositándolos en carros que fue imposible apresar. Existen diferentes documentos, aportados por Villena et al. (2009), que cuentan de forma diferente esta historia. No queda del todo claro cómo ocurrió todo el incidente, ni si es verdad, aunque probablemente sea cierto, que Castor sufrió consejo de guerra



El arca de las tres llaves del Gabinete conservaba ejemplares valiosos, documentos, medallas, las llaves de algunas de las colecciones, y las propias del Museo. Con estas llaves el encargado verificaba diariamente la apertura y el cierre del establecimiento y cada uno de los profesores se encargaba, «según costumbre de otros tiempos», de la suya.

El Gabinete de Historia Natural se abrió en Madrid en 1771 en la calle Alcalá. A finales del siglo XIX se trasladó, de forma urgente y desusada, al Palacio de Bibliotecas y Museos del Paseo de Recoletos, donde sobrevivió hasta principios del siglo XX cuando se trasladó al Palacio de la Industria y de las Artes en el Paseo de la Castellana.

Este libro cuenta, por primera vez, la historia de los profesores y las colecciones que compusieron la historia natural española de los invertebrados no insectos, con especial referencia a los moluscos.

Se habla de los edificios del Museo, siempre compartidos, de las obras para adecuarlos y de cómo se investigaba, aportando breves biografías de los protagonistas. Se estudian las colecciones, la investigación y otras actividades que se realizaron desde el Museo para cumplir su misión con la sociedad. Un apéndice final analiza la bibliografía sobre moluscos y animales inferiores hecha en el Museo desde 1939 hasta 1985.

